

Venciendo siglos y siglos
 La inmortalidad corona.
 Al silencio del sepulcro
 Sobrevive tu memoria,
 Y esos caciques vencidos
 Tu hermoso triunfo pregonan.
 El tiempo en su vuelo audaz
 No cubrirá con sus sombras
 El brillo que te ilumina,
 Y la tumba silenciosa
 Nunca para el héroe tiene
 Oscura noche... ¿qué importa
 Que en la furia del combate
 Vuele la muerte, y traidora
 Corte de un soplo una vida
 Que una eternidad corona?
 El mundo la solemniza,
 Y el génio de la victoria
 Con igneas letras esculpe

Las hazañas meritorias. »
 Dice : y con trémulas manos
 Brillantes palmas le adorna,
 Ciñe un collar á su cuello,
 Y cede su maza á Ornoya.
 Marcha el cacique á su tienda,
 La muchedumbre se arroja,
 Al contemplar del anciano
 La figura majestuosa,
 Y rasgan el viento acordes
 Los caracoles y trompas.
 Los ecos en las montañas
 Se oyen repetir Ornoya,
 Retumbando sordamente
 De los cerros á las rocas,
 De los montes á los cayos,
 De los aires á las ondas,
 Y en el lejano horizonte
 El viento responde ¡Ornoya!

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES

(PLÁCIDO)

Nació en la Habana en 1809.

Valdes, pardo, pobre y humilde, peinetero, sin educacion ninguna, guiado solo por la luz del génio que rasgaba por sí sola las nieblas de la ignorancia, abraza el arpa, inspirado como un oráculo, y entona cantos divinos y á veces acabados. Su lira resonaba apenas la heria el rayo del entusiasmo, sin esfuerzo de ninguna especie.

Aunque hemos dicho que su educacion fué descuidada en su infancia, no por eso dejó de adquirir mas tarde algunos conocimientos literarios; hasta los doce años no visitó mas que una pobre escuela, pero varios hombres ilustrados contribuyeron con sus consejos y libros á fomentar el génio espontáneo de Plácido.

Es imposible que falto de toda regla de literatura y conocimientos de la poesia española, hubiera escrito los romances *Cora* y *Jicotencal*, y especialmente este último. De una novela titulada *Plácido* y *Blanca*, tomó el pseudónimo con que se firmaba por haber simpatizado con el protagonista de esta obra.

En algunas biografías que hemos leído, aseguran que fué esclavo, y que varios jóvenes habaneros contribuyeron para su libertad: existe otro poeta cubano á quien corresponde la historia que equivocadamente se atribuye á Plácido, que es Juan Francisco Manzano.

Plácido nació libre. Mientras ejercía su oficio de peinetero, ensayaba los cantos de su lira desconocida hasta el año de 1834, en que escribió su *Siempre viva*, poesia que fué una de las mas hermosas flores de la corona que los vates cubanos dedicaron al poeta de Granada.

La primera edicion de sus versos, se publicó en Matanzas el año de 1838, con este titulo: *Poesias de Plácido*. Despues se han reimpresso numerosas ediciones de sus versos.

Plácido fué y es interesante por sus luchas consigo mismo, por su amor á la libertad, por los martirios que sufrió, por sus últimos cantos y por su muerte.

Plácido tomó parte en una conspiracion que debia estallar en su patria, con el objeto de separarse de la España; pero habiendo sido descubierta, las autoridades temerosas apresaron á cuantos aparecian comprometidos en ella, y el 27 de junio de 1844, mandaron ejecutar á los cabecillas, en cuyo número se contó Gabriel de la Concepcion Valdes.

Plácido será siempre un timbre para la literatura americana. Le aseguran la inmortalidad varias de sus poestas, y, sobre todo, su patriotismo, sus desgracias y su muerte.

A MARÍA DE LAS MERCEDES SANTA CRUZ Y MONTALVO

Salve, deidad del nuevo mundo, salve
 Á tu preclara cuna,
 Á tu nombre, á tu mágia irresistible,
 Á tu voz dulce, armónica y sensible,
 Cuyo menor cautivo es la fortuna.
 Salve á mi patria, que nacer te viera,
 Á quien tan puros plácemes arrancas,
 Como el disco genial de rosas blancas
 Que circunda tu negra cabellera.

De mis lares honor, yo te bendigo;
 Bendigo el astro pío que alumbraba
 Tu feliz nacimiento,
 Bendigo de tornar el pensamiento
 Á tu pais natal, que verte ansiaba,
 Y aun á las verdes olas que rompía
 Aligero al bajel, cuando impetuoso
 Tesoro tanto á Cuba conducía
 De los mares hundiendo el cáuce undoso,
 Las bendice tambien el alma mia.

Tu rostro mixto de azucena y grana
Velado en majestad y esplendor brilla
Cual de Vénus el astro en la mañana,
Cuando el alba con perlas engalana
El vasto Edén de la sin par Antilla.
De la Antilla fecunda que te adora,
Y no bien galas por tu vuelta viste,
Cuando presagia querellosa y triste
Que á partir vas, y anticipada llora.

¡ Vas á partir!... ¿ por qué tan presto, bella,
Del américo mar á la señora
Desampara tu huella?
¿ No te aclamó su mas brillante estrella?
Te dió sus dones al nacer, ¿ y ahora,
No halla placer tu corazon en ella?

En ella que de lirios y azahares
Formó el aura balsámica que aspiras;
El fuego y brillantez está en tus ojos
De su luciente sol, son sus claveles
Breves trasuntos de tus labios rojos,
De su cielo tu risa, y el acento
Con que leda extasiar sabes las almas,
Es abreviado en tu meloso aliento,
La voz de sus arroyos y sus palmas.

De sus palmas que al verte en la ribera
Del Almendar fecundo,
Clamaron impelidas
Del céfiro sutil que las meciera :
« ¡ Salve, Corina del moderno mundo,
Á quien hoy electrizas hechicera,
Todo es cubano en tí; salve, habanera! »

Ángel de Santa Cruz, ¿ y las olvidas?
¿ Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿ Quién, ornato en las fiestas mas lucidas
De la Habana será si tú te alejas?
¿ Pues qué, Camajuani, cuya vertiente
En nada cede á la hipocrénea fuente;
El Sagua ondisonoro
Que del alto Escambray nace á las plantas;
Mostrando á sus riberas flores tantas
Como arrastra en su fondo arenas de oro;
El Agabama undoso,
Y el Cauto dilatado y caudaloso
Que de gigantes pinos se corona,
Méno tu pecho generoso estima,
Que el nebuloso clima
Donde corren el Sena y el Garona?

¿ Por qué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente,
Que así es tu corazon, sublime, ardiente,
Y así es tambien el entusiasmo mio.

Siempre apacible y transparente el cielo,
Bañado el aire por la brisa pura,
Siempre del mar serena la llanura,
Siempre de flores alfombrado el suelo,
¿ No te deciden á fijar tu estancia
En la ígnea zona que tu estirpe aprecia?
¿ Es mas diáfano el cielo de la Francia?
¿ Son mas bellos los campos de Lutecia?
¿ Lauros vas á buscar? Tiende la mano;
Señálame á la bóveda azulada,
Á una sola voz tuya, á una mirada,
Harás que al sacro templo de Memoria
Las alas de oro rebatiendo suba,
Trayéndote al volver uno de gloria;
Que aun hay sabanas de laurel en Cuba.
— « Tente, iluso cantor, no es el deseo
De lucir en brillantes reuniones
El que me impele á repasar los mares,
Ni yo desdeño los paternos lares,
Por lucir de Paris en los salones.
La mas noble de todas las pasiones,
El amor maternal, el que me hiciera
Volar tambien á la Siberia fria,
Es quien mi ausencia próxima reclama :
Pasion eterna, y de tan gran valía
Por el fulgor de su divina llama,
Que ni la puede minorar la fama,
Ni la alcanza á pintar la poesia. »

— Por tus hijos!... Adios, parte y perdona,
Busca en el cielo un láuro inmarcesible
Porque hallar en la tierra es imposible,
Á tan alta virtud, digna corona.

Parte, no temas, y aunque el ponto fiero
Venga la nave á combatir, levanta
Tu voz divina en tono lastimero,
Que la furia del liquido elemento
Tornarás en letárgico desmayo,
Y verás á tu cántico doliente
Soltar Neptuno el heridor tridente,
Apagar Jove el iracundo rayo.

Llega felice y al pisar la playa
Que te espera de Europa al mediodia,
Ciñe á tus hijos en fraterno lazo,
Despues del santo maternal abrazo,
Otros les dá que Cuba les envia
Y no olvides jamás tu patria amada,
Esta tierra de paz y de ventura,
Ante cuya verdad inmaculada
Su antorcha apaga la discordia impura,
Depone Marte la sangrienta espada.

¡ Vas á partir, y para siempre acaso! ...
Vas á lucir del mar á la otra parte,

Pero tu nombre en la cubana historia
Se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte
Gozaremos al ménos la memoria
De tus mágicas gracias peregrinas,
Y saboreando del placer la copa,
Con noble orgullo contestar podremos
Á los artistas de la culta Europa.

« Si al Sér Supremo conceder no plugo
Á la patria dichosa de Varela
Un Virgilio, un Biron, ni un Víctor Hugo,
Cuando el acento mágico resuena
De la noble MERLIN, y su laureada
Frente se ostenta de atractivos llena,
Ni al Tâmesis ni al Pó debemos nada,
Nada tenemos que envidiar al Sena. »

LA FLOR DE LA CAÑA

LETRILLA

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
Ó quizá bajando
De su esfera sacra,
Prendado de ella,
Le quemó la cara
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
— La flor de la caña.

La ocasion primera
Que la vide estaba
De blanco vestida
Con cintas rosadas;
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tegió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
— Como flor de caña.

Su acento es divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta :
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
— La flor de la caña.

El domingo ántes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,

Y en ella unos versos
Donde le juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla,
Temblando tomóla
De pudor velada
Como con la nieve
— La flor de la caña.

Habléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varios.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
— Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los troncos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua
Con una sortija
Que ajusta la *capa*
Y en lugar de *tripa*
Le encontré una carta,
Para mí mas bella.
— Que la flor de caña.

No hay ficcion en ella
Si no estas palabras :
« Yo te quiero tanto
Como tú me amas. »
En una reliquia
De rasete, blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada,

Y su tacto quema,
Como el sol que abrasa
En julio y agosto.
— La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla;
Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada;
Ten piedad del triste
Que tanto te ama,
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,

LA SOMBRA DE PELAYO

Cuando los altos montes se estremecen
De los airados vientos al silvido,
Y las aves y fieras se guarecen
En tétricas cavernas, ó perecen
De la centella al súbito estampido.

Mientras ni el ruiseñor ni el cisne cantan
Y todo es susto, y confusion y duelo,
Altiya entónces la *condor* levanta
Ceñida de relámpagos el vuelo :

Á su brillante lumbré
Desdeña de los Alpes la alta cumbre
Impávida y tremenda como Palas,
Y con mirar sereno,
Por la region horrisona del trueno
Bate atrevida sus potentes alas :

Tal yo en mitad del general espanto
Que incertidumbre por do quier respira
Pulso risueño la sonante lira,
Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.

En el cántabro mar, cabe una roca
Que del Bóreas los ímpetus contiene
Y en ondas de cristal, Tétis sagrada,
Cuando no ruge airada,
De verde viste como el campo Mayo,
La sombra ví del inmortal Pelayo.

En su noble ademan la accion se mira
Que al hombre imprime potestad suprema :
Su magnánima faz aleja el llanto,
Cubre su noble cuerpo rojo manto,
Sus sienes ciñen inmortal diadema.

Sufriendo vaivenes
— Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idália,
Y si me preguntan
Los que saber ánsian
Quién es mi veguera?
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
— La flor de la caña.

Al lucir en Oriente la áurea llama
Del astro universal que luz derrama,
Desnuda osado la fatal cuchilla
Y el pendon tremolando de Castilla
Torna ledo la vista al Guadarrama.

« Nieta de San Fernando, — el héroe dice —
Salud y bendición. Aunque agitada
Por el fiero huracan de las pasiones
Está tu régia cuna, siempre amada
Serás de los iberos corazones.

Los que sostienen tu gloriosa silla,
Los que combaten al feroz tirano
Que usurpar quiere el sólio de Castilla;
Los que defienden el dosel hispano,
Tus hijos son y nietos de *Padilla*.

El cielo hará que de terror se llenen
Los pérfidos que ultrajan tu persona,
Y que los males calmen y serenén,
Cuando Isabel y Libertad resuenen
« Del mar de hielo á la abrasada zona. »

Ha dicho el padre de la patria, y luego
Por la region etérea se ha marchado
Con plácido sosiego,
Cual si el Sumo Hacedor le hubiese dado
Alma de rayo, inspiracion de fuego.

De noble ardor se inflaman
Á su voz los alumnos de la gloria,
Y « ¡oh sacrosanta libertad! esclaman
Salve por tí, por Isabel victoria ! »

LA SIEMPREVIVA

Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baje á imitar la murmurante fuente;
En la alta cumbre del vecino monte
Do el céfiro susurra blandamente,
Al son sublime de las cuerdas de oro
La rama ceñiré del piério coro.

Cual de bélico ardor arrebatado
El desnudo mancebo se presenta
Solo de noble atrevimiento armado
En el estruendo de la lid sangrienta;
Así yo vuelo impávido, animado
De gloria al soplo que mi pecho alienta;
Y pulso entre los vates la áurea lira
Aunque ni el arte ni el saber me inspira.

Mas ya que un rayo puro y esplendente
El ígneo padre de Faeton me esquivia
Para ornar tu aureola refulgente
Y de tal gloria sin razon me priva;
Séame dado en tu velada frente
Colocar esta roja *Siempreviva*,
Indica flor con que Almendar decora
Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
Fecundas perlas en risueñas flores,
El manso arroyo por la blanda arena
Límpido bulle convidando amores;
Con voz meliflua de contento llena
Himnos entonan gratos ruiseñores :
Huyen las sombras, y el dolor, y el llanto;
Todo es dicha y placer donde yo canto.

¿Qué importa empero, que el dolor reinara
Tendiendo la borrasca el denso velo,
O que el rayo abrasante resonara
Y el mar cubriese embravecido el suelo;
Si al dulce acento, cuando yo cantara
De su apacible claridad el cielo
La faz vistiendo con que rie Mayo
Calmara el mar, y contuviera el rayo ?

No tan copiosa lumbré el sol derrama
Cuando la etérea bóveda ilumina,
Cual de plácido gozo inmensa llama
Vertió la tumba de Colon divina,
Al publicar la voladora Fama
Como ensalzaba la sin par Cristina,
Cercano al sólio de Isabel dichosa,
Al inmortal Martinez de la Rosa.

El placer que la alegre primavera
Vierte en la tierra con gentil semblante,
Nuncio de paz, que en la turbada esfera
Bonanza ofrece al triste navegante :
El dulce beso que la vez primera
Recibe de su ninfa el tierno amante :
Y el hermoso nacer de un nuevo dia,
Vivos trasuntos son de mi alegría.

Llénase el alma de cabal contento
Al ver fugar de la nacion hispana,
Los secuaces del déspota violento
Traidor contra su sangre soberana :
Y exterminado el tribunal sangriento
De hircanos tigres con furor humana,
Mónstruos que alteran infundiendo espanto,
La dulce paz del Evangelio Santo.

Sumida en lloro la invencible España
Víctima innoble de discordia impura
Vió de sus hijos en la horrible saña,
Cercano fin y perdición segura :
Á otros proscritos que en nacion extraña
Lamentaban su fiera desventura,
Viendo su patria envuelta en precipicios
De crímenes, venganzas y suplicios.

La voz entonces al Empíreo alzando
Humilde exclama en suplicante tono :
— ¡ Santo Dios de Israel! tú, que mirando
Mi pena estás desde el excelso trono,
Haz que mis hijos su furor calmando,
Por tí depongan el funesto encono ;
Que no es el ódio timbre de los reyes,
Ni sangre piden tus cristianas leyes.

El almo Dios al escuchar su acento
Plácido envia celestial querube,
Que veloz mide la region del viento,
De oro y záfir en transparente nube :
— « Enjuga el llanto mira al firmamento
Dice, y al cielo majestuoso sube. »
España al verlo, cándida respira
El llanto enjuga, el firmamento mira.

Vió en tenebrosa, oscura madrugada,
Lucir la estrella hermosa matutina,
Nacer la blanca aurora sonrosada,
Mostrando al sol su frente purpurina ;
Resonar la tormenta inesperada
Qué débiles centellas aun fulmina :
La discordia cruel tendiendo el velo,
Brillar el iris, y aclararse el cielo.

Cristina fué la refulgente estrella;
Risueña aurora, su inclita amnistia;
El luminoso sol, Isabel bella;
Feroz tormenta la ambicion impía,
Que lejana lanzó débil centella
Amagando incendiar la monarquía;
Y tú, la Rosa, el iris reluciente,
Dulce esperanza de la hispana gente.

¿Y quién por su saber y patriotismo
Mas digno fuera de tan alta gloria,
Que tú, cuya aversion al despotismo
Nos asegura perenal victoria,
Del Tártaro arrojándole al abismo;
Y cuyo nombre grabará la historia
De la nacion y de mi canto al ruego
En tablas de oro con buril de fuego?

Ya mas no te verá la cumbre Alpina
Cruzar cercano de dolor y pena,
Y de Pompeya en la asombrosa ruina
Con vacilante planta hollar la arena,

LA FLOR DE LA CERA

Una mañana de abril
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar
Y los pensiles de perlas;
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera
En un jardín que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.

Con un cestillo de mimbre
Y unas tigerillas nuevas
Estaba una jóven linda
Cortando *Flores de cera*;
Ocultéme en unas ramas
De jazmin y madre-selva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa.

Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos vivos y hermosos
Negras y largas sus trenzas,
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cútis fresco y blanco
— Como la flor de la cera.

Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras:
Hablando consigo misma
De que la oyesen ajena,

Ni la vista á tu patria peregrina
Desde los tristes márgenes del Sena
Volver cubierto en aflictiva calma,
De llanto el rostro, y de pesar el alma.

Sutil Favonio que en la esfera exhalas
Bálsamos gratos que la zona cria,
Lleva á la Rosa en tus ligeras alas
La *siempreviva* que mi amor le envia:
Tan destituida de vistosas galas
Como mi humilde lira de armonía,
Por ser entre las flores tropicales
Emblema fiel de acciones inmortales.

Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
Mientras los prados, fuentes y pastores
Del igneo sur al septentrion helado
Con mudo acento cantan sus loores;
Deja su heróico rostro coronado
De divino laurel y olimpicas flores,
Levantando en su fulgida carroza
Al sublime cantor de Zaragoza.

Tomando la mas lozana
Dijo la simple doncella:
Dice bien Delio que eres
De los jardines la reina;
¡Si yo fuera tan hermosa
— Como la flor de la cera!

De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbía
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo Nuevo en las fiestas
Y de Delio bajo el nombre
La hice amorosas protestas:
¡Con qué aquí mi Lesbía mora
Y de su Delio se acuerda!...
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan sencilla, alegre y pura
— Como la flor de la cera.

Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba?
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella
Fuese á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal
Y exclamó de gozo llena:
«Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea
Dirá que voy tan preciosa
— Como la flor de la cera.»

LA FLOR DE LA PIÑA

La fruta mas bella *
Que nace en las Indias,
La mas estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda
Mas grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades Olimpicas;
Pero es mas preciosa
— La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
Preséntese erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
La saluda el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del dia
Contempla extasiado
— La flor de la piña.

Como si tegieseis
Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira;
Y en cada distancia
Que alfójar simula
Un rubi pusiérais
Fingiéndolo conchitas,
De aquellas pequeñas
Que el mar dá en su orilla,
Así se presenta
— Con flores la piña.

Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco,
Feraz en su guia;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Mas bien por la vista,
Así porque quede
La imágen cumplida,
Brotando por los ojos
— La flor de la piña.

LA FLOR DEL CAFÉ

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoje cariñosa,
Porque es cándida y graciosa
— Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes;
Grana en sus labios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes,
— Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
Y la dije: «me amas, Flora?»
Y mas cantares te haré,
Que perlas llueve la aurora
— Sobre la flor del café.

Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro;
Hasta morir te amaré,
Porque mi pecho es tan puro
— Como la flor del café.

Ella contestó al momento:
— De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
— Como la flor del café.

Cuando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman Ninfas y Diosas,
Mas fragantes que las rosas
— Y las flores del café.

Mas cuando ya han conseguido,
Cual céfiro que embebido
En el valle de Tempé
Plega sus alas dormido
— Sobre la flor del café.

Entonces abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polo agostada
— Yace la flor del café.

Yo repuse : — Tanta queja
Suspende, Flora, por qué
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja
— Como la flor del café.

Quiéreme, trigueña mia,
Y hasta el postrimero dia
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía,
— Y yo tu flor de café.

PLEGARIA Á DIOS

Sér de inmensa bondad! Dios poderoso!
Á vos acudo en mi dolor vehemente.....
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso;
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el hombre manchar quiere mi frente!

¡Rey de los Reyes! ¡Dios de mis abuelos!
Vos solo sois mi defensor ¡Dios mio!...
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió; luz á los cielos,
Fuego al Sur, giro al aire, al Norte yelos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos, todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada,
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece :
Y aun esa misma nada os obedece
Pues de ella fué la humanidad creada.

JICOTENCAL

Dispersas van por los campos
Las tropas de Montezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palenquin de oro
Que finas perlas dibujan
Tan brillante que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda,

Á tu vista cantaré
Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé
Como á los rayos del sol
— Brilla la flor del café.

Suspiró con emocion,
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasion
Siempre sobre el corazon
— Traigo la flor del café.

Ya no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduria,
Vé al través de mi cuerpo el alma mia
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillando la inocencia,
Bata sus palmas la calumnia impia.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adan, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mística y llorosa,
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Mas si cuadra á tu Suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impio,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia.....
Suene tu voz, acabe mi existencia.....
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!...

Á que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras. —
« Baldon y afrenta al vencido,
Loor y gloria al que triunfa. »
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe
Atropellando la turba
Del palanquin salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es, que ya del caracol
Que por los valles retumba.
Á los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.

Suspende á lo léjos hórrida
La hoguera su llama fúlgida
De humanas victimas ávida
Que bajan sus frentes místicas.
Llega, los suyos al verle
Cambian en placer la furia
Y de las inhiestras picas
Vuelven al suelo las puntas.
« Perdon! exclama, y arroja
Su collar : los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
« Tornad á Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba
Y decid á vuestro amo
Vencido ya veces muchas
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta,
Tropas dispersas é inermes
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros mas bravos
Y me encontrará en la lucha,

Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas :
Que tema el dia funesto
Que mi enojo al punto suba :
Entonces ni sobre el trono
Su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna. »
Dijo, y marchóse al banquete
Dó está la nobleza junta
Y el néctar de las palmeras
Entre víctores se apura.
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Barreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Montezuma.

MUERTE DE GESLER

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada,
Muestra *Guillermo Tell* la heróica frente.

Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno, acelerada
El alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al océano :
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;

No encuentra humanidad el inhumano....
Que hasta los insensibles elementos,
Lanzan de sí los restos de un tirano.

MUERTE DE CÉSAR

« En cadenas mis palmas se han trocado,
En pesares mis dichas y en afrenta,
Y nadie osado restaurarme intenta
De Emilio y Numa el esplendor pasado. »

Así exclamaba Roma, cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta
El vencedor del Ponto se presenta,
Con torvo ceño y ademan airado.

« Depon ¡oh patria! el ominoso luto,
Un hijo tienes que el acero vibre;
Hoy muere César ó perece Bruto :

Mientras exista yo tú serás libre. »
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe, y expiró el tirano.

Á LA FATALIDAD

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuíste,
Cual fuente clara cuya márgen viste
Magüey silvestre y punzadora luna :

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Y si sucumbo á tus decretos duros,

Diré lo que el ejército cruzado
Clamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem : *Dios lo ha mandado.*

DÉCIMAS

El ciudadano Faustino
Al juez del barrio se queja,
Porque dormir no le deja,
El burro de su vecino ;
Llegó el juez, y le previno
De su falta con bondad ;
Pero el de la vecindad
Alega (no sin razón)
Que también los burros son
Cargas de la sociedad.

Persigue el gato al ratón
No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposición.
Cuántos hay que tales son

Viéndose en alta privanza,
Pues con rastrera asechanza
Y depravada malicia,
Fingen amar la justicia,
Por ejercer la venganza.

Quiere cierto caballero
Ver lozano su jardín
Sin dar jamás un florín
Ni pagar al jardinero
¿Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos ?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

JOSÉ JACINTO MILANÉS

Nació en Matanzas el año de 1814, y aunque desde la mas tierna edad cultivaba las bellas letras, hasta los 23 años no publicó ninguna de sus poesías. *El Aguinaldo Habanero* hizo conocer por vez primera en la Habana la firma del poeta mantacero, y desde entónces empezó á hacerse tan conocido, que en las mas pequeñas poblaciones de Cuba fué considerado como uno de los mejores poetas por todos los que, medianamente instruidos en la literatura patria, estudiaban sus progresos. Pero no gozó el público mucho tiempo del placer de escuchar sus versos. Abrumado desde 1843, por graves y complicadas afecciones, ha enmudecido y quizás para siempre. Los recursos de la ciencia, los afectuosos cuidados de la familia, los viajes al extranjero, nada en una palabra, ha podido aliviar sus males ; y la literatura cubana llora mas amargamente cada día la prematura pérdida del malogrado poeta.

Jamás dió Milanés colecciones de sus poesías. La edicion de sus obras, en cuatro volúmenes, publicada el año de 1846, que comprende sus *poesías, dramas, leyendas, cuadros de costumbres y artículos literarios.*

Milanés es el mas popular de los poetas cubanos, incluso el mismo Heredia. Fué el primero que en su patria quiso iniciar una literatura propia y para ello pintó con colores vivos los objetos que le rodeaban, atreviéndose á usar nombres y aun locuciones provinciales de que ántes huían los poetas como de un insulto á las tradiciones y una profanación á los autores clásicos españoles. Su sencillez, su dulzura, el sentimiento delicado que respiran todas sus composiciones, sus tendencias morales y civilizadoras, las cuestiones sociales que ha tratado en sus versos y la tristeza resignada y melancólica de que están impregnados, han contribuido mas que el estilo innegable del poeta á dar al nombre de Milanés la popularidad de que goza, siendo raro encontrar en las ciudades de Cuba una joven de mediana instruccion que no recite sus versos con entusiasmo patriótico.

Y con razón Milanés encanta con la dulzura, atrae por su sencillez infantil, seduce con lo fácil y armonioso del metro y de la rima..., conmueve con la ternura exquisita y delicada de sus sentimientos, y fortalece el alma con sus preceptos morales. Milanés ha muerto hace pocos años.

LA FUGA DE LA TÓRTOLA

¡Tórtola mía ! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
Á un beso ahora y otro despues
¿Por qué te has ido ? ¿Qué fuga es esa ?
Cimarronzuela de rojos piés.
¿Ver hojas verdes solo te incita ?
¿El fresco arroyo tu pico invita ?
¿Te llama el aire que susurró ? —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !

Oye mi ruego que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenazan con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el cauto *jubo del manigual* ?

Pero ¡ay ! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo. —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvario,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y á la alta luna que brilla en él ?
Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó. —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !